

ESTE DIARIO

se publica

POR SUSPENSA A VAPOR

CALE 25 DE JULIO, 1872

Aprendiendo todos los días a las 5 de la tarde  
con excepción de los festivos

Gobernante 25 DE SEPTIEMBRE

# EL CORREO URUGUAYO

**AVISOS Y SOLICITADAS**—Se reciben hasta las 2 de la tarde, atendiendo en el acto de ser catalogados.—**AVISOS EN PARÍS**—La casa unida que los recibe es la de los Sres. Gallegos Frizzi y Cía, 12, rue Vivienne, y 14, boulevard Cambon E. C.

## Agentes en Campaña

Writing de los Agentes de este diario en los diferentes pueblos de la República.

- 213. Viana y Ca.—Salto.
- 2 Castell y Carasale—Carmelo.
- Don Quintín Gabito—Canelones.
- 11. Olasaga—Las Piedras.
- Luis Macchioni—Santa Lucía.
- Joaquín Rodríguez—Isla Mala.
- Manuel Sayago—Porongos.
- Mauro Pobino—Florida.
- Benjamín París—Durazno.
- Cristóbal Caselli—Minas.
- José Domínguez—Rosario Oriental.
- Manuel Zavala—Cerro Largo.
- Juan Bautista Oliva—Tuyurú.
- Antonio M. Giménez—Rothea.
- Armando Rodríguez—San Carlos.
- Casimiro Carrasco—Bagé.
- Juan Villarubia—La Paz.
- Daniel Martínez—San José.
- El Administrador de El Imparcial—Colonia.
- Tomás Real—Nueva Palmira.
- Antonio G. Rojas—Migueles.
- Joaquín Barrios—Dolores.
- Tomás Smith—Paloquini.
- Agustín Rossi—Fray Bentos.
- José Laporta—San Eugenio.
- Ruperto Fernández—Malón.

## EL CORREO URUGUAYO

MONTEVIDEO, SETIEMBRE 24 de 1878

## LOS DERECHOS INDIVIDUALES

El hombre tiene necesidades que satisfacer y fines que cumplir. La Providencia lo ha dotado de facultades para que pueda realizar su misión sobre la tierra. Se considera feliz cuando ha superado las dificultades que lo rodean, y cuando nade le impide desarrollar libremente su actividad en el sentido de dar cumplida satisfacción a sus legítimas aspiraciones de mejoramiento.

El desarrollo de la actividad humana, perfectamente garantido, es lo que para nosotros constituye la libertad civil, y los derechos individuales son las distintas direcciones que puede tomar el albedrío del hombre.

La libertad civil debe ser el primer anhelo de los gobiernos y de los pueblos, como que es la realización del destino humano. El hombre que no aspira a acentuar su personalidad por medio del ejercicio del derecho, renuncia por este hecho a su condición libre y digna. Desciende hasta la escala del bruto. Como este, se satisface con saciar sus instintos ciegos, y seguir los movimientos de la sensibilidad.

El gobierno que no satisface las exigencias de la justicia, garantizando el legítimo y santo ejercicio de la libertad, se encara con su conducta la opinión pública, el primer resort en la dirección de las sociedades, y contraria evidentemente su misión salvadora y reparadora.

Consideraciones de justicia y de conveniencia vienen en apoyo del mantenimiento de la libertad civil. Ni el individuo individualmente, ni los gobiernos, ni las sociedades, pueden sin grave infelicidad de la ley moral, y sin peligro para su existencia, hacer prescindencia de los derechos individuales, desacreditando las nobles tendencias de la naturaleza humana.

Enuméremos los derechos individuales: la libertad de conciencia, la libertad religiosa, el derecho de propiedad, la libertad del pensamiento, el derecho de reunión y asociación, el derecho de petición y la libertad personal. Hé aquí para lo que se constituye el Poder Público, para garantizar el amplio goce de la libertad. La simple enumeración de las libres manifestaciones que la autoridad esté en el deber imprescindible de secundar con firmeza y con eficacia

## FOLLETIN

8

## ARRAS

## POR FUERO DE ESPAÑA

(1571-72)

por

ALEJANDRO HERCULANO

Sorri alternativamente con una sonrisa angelical al rey y al tesoro mayor.

Don Fernando obedeció, y levantando lo cortinaje que cubría una puerta frontal a aquella por donde entró el fraile, despidiéronse. El tesorero iba a hablar, mas quedó con la boca entreabierta, el rostro pálido y como petrificado, viéndole a solas con doña Leonor. Era ya la ceniza del lastengo.

«Don Judas dijo con voz amable: tú has de servir al rey en esta jornada. Darás los dos mil maravedis viejos.

«No puelo, respondió don Judas con voz trémula y shegada.

«Julio, replicó doña Leonor soñando a un espejo pequeño que estaba en el rincón más oscuro del aposento, cubierto de polvo; qué hay en aquella arca?

El tesorero mayor, después de vacilar algunos momentos, balbució estas palabras:

«Nada....., a decir verdad....., casi nada. Bien sabes que antes guardaba allí algunas monedas que sobraban de mi hacienda; pero hace mucho que no esas pocas monedas me quedan.

«Veamos aún, respondió doña Leonor, cuyo semblante se nublaba.

«Misericordia! gritó don Judas con indecible agonía. Mas reportándose por uno de estos arrojos

que los grandes peligros inspiran, procuró distraer su miedo, continuando con risa mal fingida: «Misericordia! digo, porque si era más fácil hollar entre los animalitos de la plaza un hombre leal a su Rey, yo ya no acertaría sobre el sitio en donde teníase la llave de una sra., la tanto tiempo indistil y vacía.

«Pero infel! yo te voy a recordar quién pude decirte dónde la llave de tu casa...

«Estás hoy muy excedente, señora, melancólica aria, la repitió el tesorero mayor, trabajando por dar a sus palabras el tono de la galantería, pero visiblemente cada vez más desconsolado y trémulo. —Así llamas, pero infel!, a nuestro bel servidior por causa de una llave, la cual que se perdió Desdúchada sea d'ella, y la llevo a tu casa.

«Julio, interrumpió doña Leonor; tu dulces sáber tres cosas: la primera es que los tormentos del poto son intolerables; la segunda es que yo acostumbro a cumplir mis promesas; la tercera es que si en este momento de apuro te pudiese aplicar el remedio, no la guardaría para la nefosa osamenta de un manco de 20 años. Se nombró de Isachar. ¡Pero con ésta!

«Alta y poderosa señora, habladas de mi poto podes responderlo el tesorero mayor aumentando en pálidas. Mas trataremos ahora de lo que importa.

Con mis quinientas doblas p-terra y trecentas barbillas que dije a mi señor el rey, estarán prontas....»

Doña Leonor lanzó al juicio una mirada de escarnio, y prosiguió: «De lo que importa es de lo que trato. Sabes tú, mi querido don Judas, que son tus doldas mil ó mil quinientas, mimanas a estas horas ya, la reina doña Leonor Teller, la reina de Portugal, estará en Santarem. ¡Dónde ya decir que en no sé cuál de las torres del alzazar hay un excelente poto, capaz de desvanecer en un instante los malestros del más robusto vilano!»

«Oímos ahora la voz de da que el viejo Isachar, amarrado a él, debía estar gravado, porque habíanle dicho mucho, obligado a gravar, porque le contaron cosas maravillosas, cuanto más, decir donde está una llave, cuyo paradero no puede ignorar. ¡No

pensas tú también que es necio y pasatiempo, digno de cualquier reina, ver como están las llaves engoladas de un perro de novanta años?

Un sudor frío cubrió la frente de don Judas, cuyas pícaras vacilantes se negaban a sostenerse. Cuando doña Leonor acabó de hacer sus alocados preguntas, el juicio había caído de rodillas a los pies de ella.

«Por mi di, señora, esclamó en aquel tramo de horroroso angusto, mandándole azotar como el más vil esclavo moro; mandándole desgarra las carnes en los más atroces tormentos, pardona a un viejo padre, que no tiene culpa de la pereza de su hijo, y si tuvieras que despedirlo, que lo hagas por causa de una llave, la cual que se perdió Desdúchada sea d'ella, y la llevo a tu casa.

«Género y hermano interrumpió apurado doña Leonor, en el tono de las palabras del juicio, como quien se chancea; no te des ese trabajo, por tu vida. Quien puede hacerla aparecer es un viejo, perro miserable, que vive en el consejo de Santarem. Yo sé un remedio que restituirá a su lengua la ligereza de un manco de 20 años. Se nombró de Isachar. ¡Pero con ésta!

«Alta y poderosa señora, habladas de mi poto podes responderlo el tesorero mayor aumentando en pálidas. Mas trataremos ahora de lo que importa.

Con mis quinientas doblas p-terra y trecentas barbillas que dije a mi señor el rey, estarán prontas....»

Doña Leonor lanzó al juicio una mirada de escarnio, y prosiguió: «De lo que importa es de lo que trato. Sabes tú, mi querido don Judas, que son tus doldas mil ó mil quinientas, mimanas a estas horas ya, la reina doña Leonor Teller, la reina de Portugal, estará en Santarem. ¡Dónde ya decir que en no sé cuál de las torres del alzazar hay un excelente poto, capaz de desvanecer en un instante los malestros del más robusto vilano!»

Oímos ahora la voz de da que el viejo Isachar, amarrado a él, debía estar gravado, porque habíanle dicho mucho, obligado a gravar, porque le contaron cosas maravillosas, cuanto más, decir donde está una llave, cuyo paradero no puede ignorar. ¡No

pensas tú también que es necio y pasatiempo, digno de cualquier reina, ver como están las llaves engoladas de un perro de novanta años?

«Alto, mi muy honrada señora, dijo doña Leonor sonriendo, con risa mal fingida: «Misericordia! digo, porque si era más fácil hollar entre los animalitos de la plaza un hombre leal a su Rey, yo ya no acertaría sobre el sitio en donde teníase la llave de una sra., la tanto tiempo indistil y vacía.

«Pero infel! yo te voy a recordar quién pude decirte dónde la llave de tu casa...

«Estás hoy muy excedente, señora, melancólica aria, la repitió el tesorero mayor, trabajando por dar a sus palabras el tono de la galantería, pero visiblemente cada vez más desconsolado y trémulo.

«Julio, interrumpió doña Leonor; tu dulces sáber tres cosas: la primera es que los tormentos del poto son intolerables; la segunda es que yo acostumbro a cumplir mis promesas; la tercera es que si en este momento de apuro te pudiese aplicar el remedio, no la guardaría para la nefosa osamenta de un manco de 20 años. Se nombró de Isachar. ¡Pero con ésta!

«Alta y poderosa señora, habladas de mi poto podes responderlo el tesorero mayor aumentando en pálidas. Mas trataremos ahora de lo que importa.

Con mis quinientas doblas p-terra y trecentas barbillas que dije a mi señor el rey, estarán prontas....»

Doña Leonor lanzó al juicio una mirada de escarnio, y prosiguió: «De lo que importa es de lo que trato. Sabes tú, mi querido don Judas, que son tus doldas mil ó mil quinientas, mimanas a estas horas ya, la reina doña Leonor Teller, la reina de Portugal, estará en Santarem. ¡Dónde ya decir que en no sé cuál de las torres del alzazar hay un excelente poto, capaz de desvanecer en un instante los malestros del más robusto vilano!»

Oímos ahora la voz de da que el viejo Isachar, amarrado a él, debía estar gravado, porque habíanle dicho mucho, obligado a gravar, porque le contaron cosas maravillosas, cuanto más, decir donde está una llave, cuyo paradero no puede ignorar. ¡No

pensas tú también que es necio y pasatiempo, digno de cualquier reina, ver como están las llaves engoladas de un perro de novanta años?

«Alto, mi muy honrada señora, dijo doña Leonor sonriendo, con risa mal fingida: «Misericordia! digo, porque si era más fácil hollar entre los animalitos de la plaza un hombre leal a su Rey, yo ya no acertaría sobre el sitio en donde teníase la llave de una sra., la tanto tiempo indistil y vacía.

«Pero infel! yo te voy a recordar quién pude decirte dónde la llave de tu casa...

«Estás hoy muy excedente, señora, melancólica aria, la repitió el tesorero mayor, trabajando por dar a sus palabras el tono de la galantería, pero visiblemente cada vez más desconsolado y trémulo.

«Julio, interrumpió doña Leonor; tu dulces sáber tres cosas: la primera es que los tormentos del poto son intolerables; la segunda es que yo acostumbro a cumplir mis promesas; la tercera es que si en este momento de apuro te pudiese aplicar el remedio, no la guardaría para la nefosa osamenta de un manco de 20 años. Se nombró de Isachar. ¡Pero con ésta!

«Alta y poderosa señora, habladas de mi poto podes responderlo el tesorero mayor aumentando en pálidas. Mas trataremos ahora de lo que importa.

Con mis quinientas doblas p-terra y trecentas barbillas que dije a mi señor el rey, estarán prontas....»

Doña Leonor lanzó al juicio una mirada de escarnio, y prosiguió: «De lo que importa es de lo que trato. Sabes tú, mi querido don Judas, que son tus doldas mil ó mil quinientas, mimanas a estas horas ya, la reina doña Leonor Teller, la reina de Portugal, estará en Santarem. ¡Dónde ya decir que en no sé cuál de las torres del alzazar hay un excelente poto, capaz de desvanecer en un instante los malestros del más robusto vilano!»

Oímos ahora la voz de da que el viejo Isachar, amarrado a él, debía estar gravado, porque habíanle dicho mucho, obligado a gravar, porque le contaron cosas maravillosas, cuanto más, decir donde está una llave, cuyo paradero no puede ignorar. ¡No

pensas tú también que es necio y pasatiempo, digno de cualquier reina, ver como están las llaves engoladas de un perro de novanta años?

«Alto, mi muy honrada señora, dijo doña Leonor sonriendo, con risa mal fingida: «Misericordia! digo, porque si era más fácil hollar entre los animalitos de la plaza un hombre leal a su Rey, yo ya no acertaría sobre el sitio en donde teníase la llave de una sra., la tanto tiempo indistil y vacía.

«Pero infel! yo te voy a recordar quién pude decirte dónde la llave de tu casa...

«Estás hoy muy excedente, señora, melancólica aria, la repitió el tesorero mayor, trabajando por dar a sus palabras el tono de la galantería, pero visiblemente cada vez más desconsolado y trémulo.

«Julio, interrumpió doña Leonor; tu dulces sáber tres cosas: la primera es que los tormentos del poto son intolerables; la segunda es que yo acostumbro a cumplir mis promesas; la tercera es que si en este momento de apuro te pudiese aplicar el remedio, no la guardaría para la nefosa osamenta de un manco de 20 años. Se nombró de Isachar. ¡Pero con ésta!

«Alta y poderosa señora, habladas de mi poto podes responderlo el tesorero mayor aumentando en pálidas. Mas trataremos ahora de lo que importa.

Con mis quinientas doblas p-terra y trecentas barbillas que dije a mi señor el rey, estarán prontas....»

Doña Leonor lanzó al juicio una mirada de escarnio, y prosiguió: «De lo que importa es de lo que trato. Sabes tú, mi querido don Judas, que son tus doldas mil ó mil quinientas, mimanas a estas horas ya, la reina doña Leonor Teller, la reina de Portugal, estará en Santarem. ¡Dónde ya decir que en no sé cuál de las torres del alzazar hay un excelente poto, capaz de desvanecer en un instante los malestros del más robusto vilano!»

Oímos ahora la voz de da que el viejo Isachar, amarrado a él, debía estar gravado, porque habíanle dicho mucho, obligado a gravar, porque le contaron cosas maravillosas, cuanto más, decir donde está una llave, cuyo paradero no puede ignorar. ¡No

pensas tú también que es necio y pasatiempo, digno de cualquier reina, ver como están las llaves engoladas de un perro de novanta años?

«Alto, mi muy honrada señora, dijo doña Leonor sonriendo, con risa mal fingida: «Misericordia! digo, porque si era más fácil hollar entre los animalitos de la plaza un hombre leal a su Rey, yo ya no acertaría sobre el sitio en donde teníase la llave de una sra., la tanto tiempo indistil y vacía.

«Pero infel! yo te voy a recordar quién pude decirte dónde la llave de tu casa...

«Estás hoy muy excedente, señora, melancólica aria, la repitió el tesorero mayor, trabajando por dar a sus palabras el tono de la galantería, pero visiblemente cada vez más desconsolado y trémulo.

«Julio, interrumpió doña Leonor; tu dulces sáber tres cosas: la primera es que los tormentos del poto son intolerables; la segunda es que yo acostumbro a cumplir mis promesas; la tercera es que si en este momento de apuro te pudiese aplicar el remedio, no la guardaría para la nefosa osamenta de un manco de 20 años. Se nombró de Isachar. ¡Pero con ésta!



